







# Mujeres de ayer y hoy

## Historias de las mujeres de Arténara

- © De la edición, Ayuntamiento de Ardenara.
- © De los textos, sus autoras.
- © De las imágenes, sus propietarias.
- © Cubierta, Elia Verona.
- © Fotos de portada cedidas por: Paquita Melián Gutiérrez (retrato), Lucía Mendoza Henríquez (escuela) y Antonia, Juani y Tuli Díaz Pérez (en el campo y la zafra).

Coordinación: Concejalía de Igualdad. Servicio de Prevención y Atención Integral a Mujeres y Menores Víctimas de Violencia de Género. Ayuntamiento de Ardenara.

Realización de talleres, edición del texto, diseño y maquetación: Elia Verona.

Impresión: Gráficas Atlanta.

1ª Edición, diciembre de 2023.

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio actualmente conocido o que se invente en el futuro, sin previo permiso por escrito de los © de esta obra.

# Participantes

Antonia Díaz Pérez

Juani Díaz Pérez

Tuli Díaz Pérez

Milagrosa Díaz Cárdenes

Isabel Díaz Díaz

Magüi Gil Falcón

Esther Godoy Suárez

Inés Jorge Medina

Mari León Sánchez

Paquita Melián Gutiérrez

Lucía Mendoza Henríquez

María del Rosario Pérez Padrón

Arcilia Quintana Medina

Mari Quintana Medina

Nina Quintana Medina

Olga Quintana Medina

Lolina Suárez Macías

Mari Vega Medina



Foto cedida por Mari Vega Medina.

# Presentación

El Proyecto “Mujeres de ayer y hoy: Historias de las mujeres de Artenara” se ha ido fraguando desde el Área de Igualdad del Ayuntamiento de Artenara casi sin apenas darnos cuenta.

Artenara, como municipio rural, es entendido como un espacio heterogéneo, de oportunidades, donde la naturaleza cumple un papel protagonista, pero también de desigualdades derivadas de los estereotipos y roles asociados a hombres y mujeres, de barreras, de escasez de recursos...

Partiendo de una estructura demográfica, la despoblación es una amenaza que se hace cada día más patente, la escasa natalidad y en consecuencia el envejecimiento poblacional, son factores que ponen en riesgo la sostenibilidad social del pueblo. Además, el éxodo rural provoca una fuerte masculinización de las edades activas y reproductivas, tratándose de dinámicas que se retroalimentan y acrecientan los desequilibrios estructurales de la sociedad rural. El aumento de la población envejecida supone un crecimiento de la demanda de cuidados. Ello hace que, en mayor o menor medida, sean las familias y sobre todo las mujeres las que ofrezcan ese soporte.

Desde el Servicio de Prevención y Atención Integral a Mujeres y Menores Víctimas de Violencia de Género del Ayuntamiento de Artenara se han

ido implementando iniciativas y actuaciones dirigidas a las mujeres del municipio que son hijas, hermanas, nietas, abuelas, amigas, vecinas... de tantas y tantas mujeres que a lo largo de la Historia han tenido un papel fundamental en el medio rural. Gracias al Cabildo de Gran Canaria que con su financiación y colaboración ayuda a que todo este trabajo sea posible.

Durante todos estos años, hemos ido adquiriendo experiencia en el trabajo con las mujeres de Artenara, tras escuchar tantas historias y compartir encuentros, conversaciones, reflexiones, inquietudes, miedos, ilusiones... Momentos con mujeres increíbles, inspiradoras, luchadoras, que nos han brindado su saber, su experiencia, su tiempo y su legado. Mujeres que han tejido redes con otras mujeres visibilizando sus realidades y sus experiencias en diferentes espacios.

Por ello, en 2022 quisimos hacerles visibles para toda persona interesada en conocer las vivencias de mujeres que han nacido, se han criado o han vivido en Artenara. Este municipio cumbre de la isla de Gran Canaria, tan peculiar tanto por su altura y distancia respecto a la capital, como por su orografía y sus gentes.

En total participaron en este proyecto 18 mujeres, de entre 50 y 87 años aproximadamente. No aparece el nombre de cada participante tras sus palabras, sino que intencionadamente se suman y se mezclan las voces y testimonios de unas y otras, para hacer ver que sus vivencias fueron compartidas, de una u otra forma, por



otras muchas mujeres del municipio. De este modo, en el texto se entrelazan unas historias con otras, como si todas fueran una sola memoria, una sola voz llena de diversidad, pero que clama en la misma dirección: la voz y la memoria de las mujeres de Arténara debe ocupar el lugar que se merece, debe ser rescatada del olvido y, por lo tanto, debe ser valorado el gran esfuerzo que realizaron las madres y abuelas para sacar adelante su vida, la de sus familias y la de sus vecinos y vecinas. Sin ellas, Arténara no sería hoy lo que es.

Puede que muchas personas no vean la necesidad o la importancia de realizar un proyecto como este. Puede que este sea el primer libro de Arténara ideado y realizado por mujeres, y nos enorgullece que haya llegado ahora, en esta época de lucha por la igualdad de género y tan consciente de la despoblación de los núcleos rurales. En esta época que las personas mayores, en nuestra sociedad, parece que no tienen cabida, siendo cuando más hay que visibilizar su historia, su trabajo y su importancia.

Este proyecto es un recordatorio de que los días pasan, las cosas cambian y las raíces son las que nos mantienen firmes en el suelo dejando que la cabeza pueda volar.

*Concejalía de Igualdad del Ayuntamiento de Arténara.*

*Servicio de Prevención y Atención Integral  
a Mujeres y Menores Víctimas de Violencia de  
Género del Ayuntamiento de Arténara.*



*Foto cedida por Isabel Díaz Díaz*

“Mujeres de Arténara, hechas al cielo,  
que fuerza y vida son constantemente  
curtidas por la bruma y el relente,  
raíces que se aferran a este suelo.  
Su ejemplo, su constancia y su desvelo  
conjugan el planeta en femenino  
y habrán de hacer que cambie de destino  
por otras que vendrán y por aquellas  
que alumbran, convertidas en estrellas,  
los pasos que deciden el camino”.

*Yeray Rodríguez*

Foto cedida por Lucía Mendoza Henríquez



Historias  
de las mujeres  
de Artenara

## LAS MADRES COMO GRANDES MUJERES PARA SER RECORDADAS

“De mi madre es que estuvo toda la vida batallando por nosotros y la que nos sacó para adelante fue ella, mi padre ayudó, pero no..., él tenía un trabajo de guardián y ella estuvo toda la vida cosiendo por que sus niñas no fueran a trabajar, si ella podía. Cosía para un sastre que le dio unos pantalones y que le enseñó más o menos. Nosotras la ayudábamos”.

“Yo recuerdo a mi madre que éramos once; bueno, éramos trece y murieron dos. Yo nada más digo que mi madre era todo; ser madre de tantos hijos, trabajar en la casa, trabajar en la tierra... Para mí, vamos, es más que suficiente motivo de decir: mi madre; mujer, esposa, madre, vecina, yo para mí mi madre, es que yo no tengo para explicar porque ella era todo, todo, todo”.

“La madre, cualquiera de las madres, tenían la casa y después tenían la labranza y la labranza era que las mujeres tenían que ir a plantar, a coger papas; si tenían que segar trigo, a segar trigo, a segar cebada, a hacer todo. Entonces era el trabajo de la casa más el trabajo de la agricultura”.

“Quiero pensar en un principio en mi madre, lógicamente, sus valores que fueron muchos, pero también me voy a lo anterior, a mis abuelos, que fueron los verdaderos luchadores que transmitieron los valores a mis padres, a mi madre en este caso. Mi madre fue una luchadora, ustedes saben cómo fueron nuestras madres con sus tierras, en especial, con sus hijos, con once hijos. Eran las tierras, la casa, la comida, volver otra vez, estar embarazadas, dar a luz, bueno, todo, todo... pero realmente todo eso y los valores, tenerlo en cuenta, porque se los transmitieron a ella y ella nos lo ha transmitido a nosotros”.

“Mi madre se dedicó a todo: a la casa, los hijos, las tierras, lavar, planchar, trabajar en el colegio, tejer, mi madre era todo. ¿Y el hombre que iba?, un poco a la labranza y al bar nada más porque... Realmente en aquella época, cuando pequeña no te das cuenta, pero yo hoy lo veo, hoy me doy cuenta”.

## EL TRABAJO FEMENINO. UNA JORNADA INACABABLE

“Mi madre tenía animales y entonces nosotros íbamos a ayudarle a ella a recoger la comida para los animales. Cuando era un trozo grande de tierra para segar, como nosotras éramos niñas, íbamos cargadas a todo lo que podíamos llevar



**TITULO DE BENEFICIARIO DE FAMILIA NUMEROSA**

núm. .... *419000* .... de categoría *Primera* ....

valedero hasta el *14* de *Octubre* de 19*62*

*Madra*, *Palmas* de *12* de *Septiembre* de 19*61*

El Director General, *P.D.*



El Interesado,







*Foto cedida por Milagrosa Díaz Cárdenes*

arriba, para dar los menos viajes posibles. Y te digo, nosotros no pasamos mucho, porque somos de las más pequeñas. Mi madre no tenía finca, pero nosotros llegábamos por la mañana a las siete, íbamos a ayudar a los vecinos y llegábamos a mi casa a veces hasta a las siete o las ocho de la noche.

Cargábamos todo eso. ¡Nos tapaba porque nosotras éramos chiquitas! Pero esa era la forma de vivir aquí en Artenara, bueno y yo creo que en todos sitios y a nosotros todavía porque, claro, mi madre enviudó joven y, entonces, claro, ella no pudo trabajar porque tenía que cuidar de los ocho hijos. Mis abuelos tenían finca y entonces después ellos le ayudaban a mi madre con todo lo de la finca y ya mis hermanas, las más viejas, iban para el Sur a trabajar y ya traían dinero y, claro, le ayudaban a mi madre con las demás”.

“Todo, todas las tareas. Mira, antes no había baño, vamos a empezar con eso, había que poner las escupideras, pues nosotros teníamos que levantarnos, si mi padre se levantaba por ejemplo a las seis ya nosotros sabíamos qué hacer, levantarnos y corriendo, desayunamos y a irnos a la tierra a segar, luego cuando veníamos teníamos que hacer las camas, vaciar las escupideras, fregar, cuando veníamos de las tierras de segar”.



*Foto cedida por Antonia, Juani y Tuli Díaz Pérez*

“Se hacía el queso, se amasaba, se hacía pan en la casa, en la misma casa había horno, o en la del vecino, costura, todo, era todo... No había cocina para cocinar, había que buscar leña por ahí para hacer el fuego y luego planchando la ropa con carbón...”.

“Había que ir a lavar las ropas al barranco, pero ¡Ay, con aquellas bañeras encima! Se lavaba toda en el barranco. Desde niñas chiquititas y cuidadito con el jabón que se te fuera... Veníamos del molino de agua, cargando con aquella ropa toda mojada, torcida nada más, porque no era sino torcerla y ya ir para la casa con toda esa ropa encima y para tenderla en las pitas, porque a veces no había ni liñas para tender”.

“Mira que yo trabajaba como un hombre, la verdad es eso, yo no diferenciaba entre mujeres y hombres. Tenía un mulo, yo guardaba las cabras, tenía que cortar el monte, tenía que limpiarle las camas a las vacas... Yo era... porque mi madre tuvo once hijos; fueron siete machos seguidos y después nació mi hermana. Mi hermana fue para mi madre como el alivio, María Dolores, la más vieja, entonces era el alivio de mi madre, yo nací después. Ya mis hermanos mayores empezaron a irse, yo me iba quedando como un refuerzo, como un machillo más, con las cabras, a donde me mandaran y yo iba feliz”.



*Foto cedida por Lucía Mendoza Henríquez*

## LA ESCUELA

“Mi madre también tuvo ocho hijos, pero a mí lo que más me sorprende de mi madre era que ella sabía leer y escribir y todo eso. A nosotros nos tenía al hilo. La escuela no se perdía nunca, y cuando veníamos de la escuela y ella se sentaba, aunque sea a coser, nos preguntaba las tablas de multiplicar, nos ponía a leer, nos ponía a estudiar el catecismo, nos ponía a coser también, y en vacaciones porque la cocina de mi casa era una escuela”.

“Nosotros llegábamos de la escuela... siempre se te queda en la mente esos recuerdos, que llegaba de la escuela corriendo a almorzar, sentadas allí repitiendo. A mi madre le encantaba, no tuvo oportunidad de estudiar, ella nos preguntaba y las multiplicaciones las aprendió enseñándonos a nosotros, mirando ella lo que escribíamos. Y ella sus ideas siempre eran “que estudien, que estudien”.

“Yo, que era la mayor, tenía que quedarme con mis hermanos y no podía ir a la escuela. Cuando veía a los chiquillos pasar y yo allí que no podía ir, me hartaba de llorar”.



*Foto cedida por Mari Vega Medina*



“Cada barrio de Artenara tenía un colegio. En Lugarejos de pasar de doscientos niños, pasó a dos, que eran los míos”.

## UNA VIDA DIFÍCIL: EMBARAZOS, PARTOS Y LA PÉRDIDA DE HIJOS E HIJAS

“Pero mi madre sufrió mucho con los niños porque se le morían recién. No había médico, tenía que ir al médico a Tejeda o a Valleseco. Mi madre llevó a una niña malita a Las Palmas y se murió en Las Palmas, y la trajo muerta en el coche de hora para que no se la dejaran enterrar ahí abajo, porque el médico se lo dijo: “y si tú te vas y te la llevas, es como si estuviera dormida”. Mi madre siempre estaba en la labranza, lavar tanta ropa de tanta persona... hasta que nosotros ya siendo mayores ya le echábamos una mano, pero claro, nosotras pequeñas...”

“Yo también recuerdo a mi madre. Mi abuela fue una mujer muy trabajadora, tuvo catorce hijos, se le murieron cinco, y uno que tenía enfermo. Voy a contar la historia como a mí me la han contado. Fue de aquí a Juncalillo a ver al padre, que estaba malito muriéndose, pues él se murió estando ella allá, se vino porque tenía a otro de los hijos malito aquí y cuando llegó aquí, se le murió el hijo. Eso es muy triste. Siempre fue muy luchadora, muy trabajadora en la labranza, en



*Foto cedida por Milagrosa Díaz Cárdenes*

la casa y con todos sus hijos y yo creo que ella transmitía los quehaceres, yo me acuerdo que los primeros ajos que yo planté fue con mi abuela. Y después mi madre porque tuvo otros trece hijos, se le murieron cinco”.

“Yo recuerdo a mi madre embarazada y lo piensas, hoy que es mayor, pero Dios mío lo que ella pasó, que con los embarazos se quedó sin dientes. Yo me acuerdo de mi madre en su embarazo tirada en el suelo de lo que le dolía su boca, ¿y eso crees que se pasa hoy en día?, no. ¡Es que fueron bestialidades!”.

## LA COSTURA

“En la escuela mía, que era en Las Cuevas, Doña Candelaria, que era la maestra, a nosotros nos enseñó a coser y a bordar; yo tengo todavía en mi casa un mantelito que hice con doña Candelaria allá en la escuela y a las dos agujas”.

— Mi madre siempre estaba cosiendo, remendando, nos hacía crecencia en la ropa para que aguantara.

— ¿Les hacía qué?

— Crecencia le decíamos nosotras.



*Foto cedida por Antonia, Juani y Tuli Díaz Pérez*

- Que les subía.
- Les ponía cachos de ropa.
- Si tenía un buen vuelto, según iba creciendo, le iba bajando, para arovechar.

“A mí me comentaba mi tía que falleció con noventa y siete años, que ellas teñían la ropa para que pareciese otra ropa diferente. La misma la cambiaban de color, la teñían para no estar siempre con el mismo color. Que, de hecho, ¡ella fue una costurera que vamos!”.

“Entonces, mi tía era costurera, casi era la única que había en Lugarejos y solían pasar los vendedores de telas como Segundo, Sinforiano, Nicolás, Salvadorito...”

Los de Las Cuevas iban a vender con el fardo cargadito con los cortes de tela. Llevaban bastante, llevaban cortes de camisas, que se hacían las camisas para los hombres, de rayitas también, pantalones, la “murselina” que le decían, para hacer las sábanas y los calzoncillos de los hombres se hacían también. Y de sacos de azúcar, pero el que podía comprar la “murselina”, lo hacía de eso.

Y me acuerdo de mi tía, solía, sin cinta métrica ni nada, sino con un vestido de quien fuera allí, medía y en un par de horas ya tenía un traje hecho. Medía la altura, la anchura y todo y al par de horas ya tenía el traje hecho, ya sean



Foto cedida por Magüi Gil Falcón

pantalones, las camisas... Y me acuerdo de ver pasar, yo niña, los vendedores por Lugarejos y, claro, todo el mundo compraba y llegar gente a mi casa con el corte de traje y antes de pasar el vendedor por la casa de mi tía ya estaban allí, me acuerdo de una señora, una vecina, de quitarse el vestido para que le hiciera otro igual, para que ella en el momento se lo midiera y en el momento ya tuviera el traje hecho. Mi tía le prestaba uno para ella en el momento que ella, se lo veía y se lo media y a las pocas horas ya tenía el traje”.

## LAS DIFICULTADES ADICIONALES DE VIVIR EN ARTENARA

“En Las Cuevas de Artenara no era lo mismo que en las ciudades o los pueblos grandes, por ejemplo, teníamos que ir a buscar el agua allá abajo en las fuentes, teníamos que andar por lo menos doscientos metros por una vereducha, porque apenas había caminos y teníamos que venir con el agua a la cabeza o en las manos. A lo mejor cuando eras chico, cuando ibas a recoger el agua, porque también los chicos tenían que ir, traías un baldito en la mano con un litro de agua y los que eran más grandes traían una talla en la cabeza. El agua tenían que ir a buscarla toda: para beber, para lavar, para lo que fueran a hacer en la casa”.

“También las loceras, te venían a vender las losas así, como los vendedores ambulantes. Llevaban veinte ollas en la cabeza. Iban a Agaete, traían sardinas saladas, traían queso, papas... Hacían el cambio, el trueque”.

“Mi madre, por ejemplo, me tuvo a mí de siete meses y se tuvo que venir para arriba y dejarme a mí en la incubadora, yo estuve por cuarenta días que el que iba a verme era mi padre porque mi padre trabajaba en la pedrera, en San Lorenzo. Él iba a verme al hospital y mi madre estaba aquí. Y mi madre siempre me contaba eso, que ya tenía esa tristeza porque yo era la primera hija, y ella me dio a luz en la Clínica del Pino y ahí estuve yo en la incubadora. Fue una vez a verme porque dice que le habían avisado que no, que no vivía”.

“Las mujeres de Artenara tuvieron más dificultades que en otro sitio, por las lejanías, por las temperaturas, por las alturas, por todo lo que tenían que caminar. Claro que sí, porque para ir a Las Palmas mismo... ¡Qué no tenían que andar! Caminar, en burro y en bestias y eso, cuando mi madre se casó y vivió en Lugarejos, se puso de parto, tuvo que salir un tío mío a Agaete a traer un médico en un burro. También había parteras, pero los médicos venían a cosas complicadas. Ya el último remedio era llamarlo. Cuando los niños tenían el cordón en el cuello, venían de culo, cosas de esas...”



“En la época de antes, yo lo que sí notaba es que a lo mejor venía la gente de esta de los fines de semana, la gente de bien y la gente que estábamos aquí nos sentíamos un poco apartados, fuera de órbita y eso creo yo te hacía más fuerte, y luego cuando tú ibas a Las Palmas o te relacionabas, te dabas cuenta que de que eran más las historias que se montaban para ser mejor que tú, que realmente lo que eran”.

“Yo tenía vecinas que venían de Las Palmas, y claro, era diferente. Venía esa gente que nacieron y se criaron en el barro, pero se casaron con un hombre de Las Palmas y entonces ya venían más diferentes, por hablar mejor... que venían corrigiendo, “¡Ay, que es feo hablar así!”. Nos veían como analfabetas o poco más, sí señora, muy estiradas”.

“Las mujeres de Artenara y al nivel de las de Tejeda y las de los campos, son más fuertes que las de Las Palmas por todo lo que pasan, al tener menos posibilidades, las valoras más cuando las tienes y las aprovechas. Y somos más luchadoras”.



*Foto cedida por Esther Godoy Suárez*

## HACER LOS ENCARGOS AL CHÓFER PARA NO TENER QUE BAJAR A LA CIUDAD

— Una de las dificultades era no tener coche, no tener casa en Las Palmas... Por ejemplo, para poder irte a hacer un análisis, tenías que salir en la guagua a las cinco de la mañana, después de que te hacías el análisis, salías corriendo al bar a comerte el chocolate con churros para coger la guagua otra vez para volverte a Artenara.

— O había quien mandaba la orina en botellas de cerveza, en la guagua. No había farmacia ni nada. Y había que decirle al chófer que fuera a la farmacia, al laboratorio, a no sé qué...

— El chófer paraba el coche allí en El Hoyo y se iba a Triana a hacer todos los recados, que si la farmacia, que si la analítica... Antonio, era uno de los que los que más hacían, Cristino también. Y cuando estuvo Felito Romero, ese fue anterior, el del coche amarillo. Eso era cuando en Artenara había mucha población.

## LA ZAFRA

“Teníamos que traer las cosas a la carretera general porque no teníamos carretera, se llevaba todo lo que hacía falta. El camión desde la cumbre venía avisando con la pita ¡piiiiiiii! para que ya estuviéramos en la carretera todos. Pues ahí íbamos de Juncalillo y Artenara juntos, luego



Foto cedida por Antonia, Juani y Tuli Díaz Pérez

íbamos a Valleseco, Moya, Teror. Había gente de Tirajana, de Montaña Alta... de todos los municipios, pero para nosotros venía el camión a recoger a las de aquí y las de Juncalillo. Llevábamos cosas para cinco meses”.

“Recuerdo que si en el camión iba una casa de familia que tuviera cabras, que tuviera un cochino, todo eso iba junto en el camión. Todo iba en el camión, y nosotras a la punta atrás para que nos diera el aire; y allí todas las cosas juntas, las cabras, los cochinos y todo junto”.

“Queríamos estar en el Sur porque ganábamos un dinero que a mi madre le hacía falta, nos comprábamos nuestro dote con el dinero y ya juntábamos un dinero para ella cuando volviéramos y ella con ese dinerito iba pasando e iba comprando cosas. Le comprábamos las ropas de mis hermanos, cubriendo cosas de la casa que hacían falta. Aquí se trabaja más, la tierra era más dura, la zafra era más suave”.

“A las tres de la madrugada, a la una... a lo mejor nos decía a las doce: “¿Quieren ir a trabajar a otro almacén?”, por ejemplo, a Vecindario, que necesitaban mujeres, y nosotros por ganar un poco más de dinero a esa hora, a las doce de la noche, nos montábamos en un camión e íbamos a Vecindario a empaquetar tomates



*Foto cedida por Arcilia, Mari y Nina Quintana Medina*

así chiquititos que hoy no los quiere nadie. ¿Te das cuenta? Le decían los tomates de la tara y entonces pasábamos seis meses bien, pero trabajábamos”.

“Pues mis padres no querían que fuera a trabajar, porque decían que era un peligro, que no se qué, que me iba a pasar algo... y yo: “¡Pues yo si voy! ¡A mí no me va a pasar nada, porque si uno quiere, no le pasa! Y fui... Fui con un grupo que había aquí con las hermanas de mi novio, de mi marido que es hoy. Y fui, y mi madre y mi abuela se encajaron a ver cómo vivía yo allá en el Sur. Fueron en la guagua, en el coche de hora, para ellas estar tranquilas. Y después se quedaron tranquilas. Pero después, como allá me puse más gorda, no sé por qué, por el cambio de... todo el mundo pensaba que estaba embarazada. Pero nada, al año siguiente fue mi hermana. Yo ya abrí el camino...”

“Aparte de nosotras, ¿cuántas mujeres no había allí empaquetando? ¡Es que éramos tantas mujeres dispuestas, que era la unión! Porque, la verdad, a pesar de haber tantas, éramos unidas. Rezábamos todos los años todos los credos que había que rezar”.



Foto cedida por Esther Godoy Suárez



“Mi madre tenía un tomatero y nos íbamos a trabajar al tomatero, la cuadrilla que teníamos con ella éramos una unión. Si una teníamos una peseta y decíamos “mañana compramos esto de caramelos”, aquella peseta se compartía para todas, tocáramos a media, tocáramos a uno, a como tocase... siempre. Lo que llevaba una, lo teníamos todas”.

## LA DOTE

— Cuando la gente se enteraba que te ibas a casar, ya iban a la casa a llevar los regalos. Las mujeres se ponían en el comedor a recibirlos. Todo el mundo llevaba los juegos de tazas, los platos, las toallas, sábanas, las necesitadas para la casa... y a veces se ponía ahí por quince días o así, desde que se amonestaba. Estaban las amonestaciones antes de la boda. Era primera, segunda y tercera o tercera y última. El cura, como se iban a casar, iba anunciándolo por si había algún impedimento.

— ¡A lo mejor tenía tres juegos de tazas, de cafetera y muchos hasta iguales!

— ¡Y no tenías escudillas!

— Los suegros te llevaban el caldero, lo imprescindible para la cocina y la madre también...y ya uno tenía cosas también y se ponían todas juntas allí.

Foto cedida por Lolina Suárez Macías



Rivero

— Antes de casarte tú ibas comprando, para ir juntando.

— Las que se iban a la zafra... a lo mejor la última zafra la cogían para ellas para comprar todas sus sábanas, sus mantas, sus cosas.

— Mi tía me compró la tela para hacer las sábanas de muselina, luego ibas con quien tenía el título de bordadora y te ponía el nombre y te ponía la cinta, te decoraba... ¡Yo aún tengo juegos de sábanas sin estrenar!

— Otra cosa buena que tenía Artenara es que solo había dos tiendas para comprar, era la de Rosita y la de mi madre [Sisita]. Entonces cuando tú le ibas a comprar el regalo a la que se iba a casar, ella le decía: “No, eso no se lo compres, que ya lo tiene, mejor cómprale esto, llévale algo de esto otro”, y a Rosita le pasaba lo mismo.

— Había cosas preciosas.

— Luego era curioso, porque tú ibas a llevar el regalo y te entretenías nada más viendo lo que tenían y las cositas como si fueras a una tienda, a un escaparate para ver todo lo que tenían.

— Se hacía en la casa de la madre de la novia. Tú tocabas para hacer la visita y para llevar los regalos de bodas. Y ya te enseñaban todo lo que tenían y te decían: “ponlo aquí”. Entonces el regalo que tú le llevabas lo ponían allí para que lo viera la que seguía.



*Foto cedida por Arcilia, Mari y Nina Quintana Medina*

## EL LUTO

“Cuando era chiquitita a mis hermanas les decían las repetidas porque mira, cuando llegaron se les murió el abuelo, la abuela, el tío... ¡Estuvieron por lo menos doce años vestidas de negro! Cogían tinte de ese que se compraba para teñir la ropa”.

“Los hombres se ponían una corbata, un botón y una cincha, que es como un brazalete. Las mujeres con sus velos, con sus medias”.

“Yo conocí a mi abuela y a mi tía la mayor vestidas siempre de negro. Yo no sé si era mi abuela una o la otra, porque eran dos viejas iguales, nosotras llegábamos allí y no sabíamos distinguirlas. Siempre vestidas de negro de arriba abajo, no las recuerdo de otra manera, siempre, siempre”.

“Yo cuando se murió mi abuelo, estaba por los catorce años: el luto era los calcetines negros, el zapato negro, el traje negro, esto hasta aquí delante y un pañuelo”.

“Nosotros un día de la fiesta de La Cueva ya estábamos preparadas para ir a la fiesta y vinieron a darle la noticia a mi gente que se le

*Foto cedida por Inés Jorge Medina*



había muerto una hermana de mi padre, una tía mía, pues ya mi madre no nos dejó ir a la fiesta. Y después mi madre buscando ropa negra de lo de ella, cosas negras que tenía para hacernos a nosotros un traje o una falda algo negro para el funeral, para que fuéramos vestidas de negro. ¿Tú te das cuenta? Contamos seis meses y fue una tía; un año por el abuelo; por un primo hermano tres meses”.

### LA FIESTA. EL CINE. LAS VERBENAS

“Aquí era la labranza, la labranza... porque en el invierno aquí se sembraba y ya cuando nosotras veníamos de la zafra era la época de recoger el campo. Ya aquí era la época de recoger y ya estábamos pegadas en el campo cuando veníamos. Los sábados por la mañana nos lavábamos la cabeza, nos hacíamos la toga, un rulo aquí, para que se nos quedara liso el pelo porque no teníamos plancha ni nada y a trabajar con la toga hecha. Por al medio día nos dábamos la vuelta para el otro lado. Cansadas como perras de trabajar llegábamos, nos duchábamos, nos preparábamos y a la verbena. ¡Nadie decía que estas niñas no tuvieran...! Pero de verdad que veníamos agotadas de trabajar. Caminando cuánto, ¿media hora? ¡Se nos quitaba en cansancio, con la música!”.



*Foto cedida por Antonia, Juani y Tuli Díaz Pérez*



“Había ropa para ir a misa y ropa para toda la semana, y después unos zapatillos los llevábamos y los dejábamos escondidos al lado de unas retamas y nos poníamos los nuevos para ir a la plaza y ahí los dejábamos, para cuando volviéramos”.

## EL TELECLUB

— El teleclub empezó en el sesenta y algo. La primera televisión que hubo en el pueblo la trajo Manuel Fraga Iribarne, que era ministro.

— Era entre semana, por las tardes, hasta que empezara el telediario. Había un canal y todo el mundo veía lo mismo, era público.

— ¡Que después llegaba Juanito, y se metían y se cogían todo el teleclub para ellos y nos echaban para poder oír el telediario!— Y te acuerdas que ponían la película El Canon, ¿tú te acuerdas?

— Nosotras veníamos caminando de Las Cuevas... y a nosotras nos encantaba esa película y nos veníamos a verla.

— Nosotras nos veníamos al cine y el piso era de tierra, pero había butacas.

— Los fines de semana es cuando venían las películas del cine, en Semana Santa, en Navidad.

— Después, cuando se hacían verbenas ¡las polvajeras! ¡No había más que polvajeras allí dentro!



Foto cedida por Mari Vega Medina

— Después había paseos en el pueblo, de ahí paseaban las parejillas.

— Sí, se iban conociendo...

— Se iban para la Atalaya, para el túnel...

— Jajaja.

— Como aquello era allá arriba calladito... se iban a estar a solas...

— Que estaba todo oscuro.

— Antes no se hacía nada, que era todo pecado, hasta dar un beso, los besos parecían que te ibas a quedar embarazada.

## EL CARNET DE CONDUCIR COMO UNA HERRAMIENTA PARA TENER MAYOR INDEPENDENCIA

“Yo me vi, cuando tenía las tierras, me iba por la mañana a los animales, tenía un montón de cabras, tenía que cogerles la comida... después venirme, irme a ducharme y a veces me iba hasta sin comer, la verdad, porque no daba tiempo. Me iba a trabajar en Tejeda limpiando el Centro de Salud, y me iba allá abajo para que me ordeñaran las cabras para después venir a hacer el queso. Iba en mi coche. Con 45 años me saqué el carnet, por la necesidad. La necesidad, mientras mi marido me pudo llevar, me llevó, pero después yo tenía que buscar la comida”.



*Foto cedida por Arcilia, Mari y Nina Quintana Medina*

“Juan, el marido de Nena, tenía un coche y la gente empezó a apuntarse para sacar el carnet, lo sacó Susita, Rosa, Milagrosa, Rosita, un montón de gente”.

“Tenían un coche ellos de la autoescuela de Terror. Se hacían la matrícula, luego iban a examinarse. Iban haciendo las prácticas aquí, las prácticas empezaban en el campo de fútbol, luego daban la vuelta en Las Arvejas y venían para acá. Un coche chiquitito y se oían los frenazos o los arranques. Eran un montón de mujeres, que ahora tienen ochenta años”.

“En la época mía fue un buen grupo que me acuerdo que íbamos a hacer las prácticas a Las Palmas, cogíamos la guagua de las seis y media de la mañana y llegábamos a Las Palmas a hacer la práctica”.

“Mi suegra tiene noventa años y me dice a mí que de lo único que se arrepiente en la vida es de no haberse sacado el carné, siempre me lo dice”.





